

LOS
VERANOS
SIEMPRE
REGRESAN

Amy Jean

Prólogo

Verano 2018

Un verano después.

Lo primero que vio Gabriela fueron los girasoles. Rodeados por una cinta rematada con un lazo, formaban un precioso ramo que descansaba en la mano de Liam. El corazón le empujaba contra la carne cuando subió la mirada y lo vio. Estaba feliz, con una sonrisa radiante en la boca y el pelo más peinado que de costumbre. Solo hacía tres semanas que estaban separados, pero Gabriela no veía el momento de bajar del avión y correr a su encuentro. Cuando por fin lo hizo, poco le importaron las flores. Le rodeó el cuello con los brazos y notó cómo Liam sonreía apretando su mejilla mientras la aupaba. Y entonces se besaron con el frenetismo de las primeras veces. Con ganas, con roces, y con gemidos. Dejando con la boca abierta a todos los viajeros que cruzaban por su lado.

Cuando los minutos pasaron y les faltó la saliva, Liam le dio un mordisquito en el labio y ella volvió a la realidad de repente. Abrió mucho los ojos y saltó de su regazo.

—Creía que me estabas mintiendo cuando decías que me echabas *muchísimo* de menos —alardeó Liam.

—Ya ves que no —admitió ella—. Pero lamento avisarte de que ahora vas a pasar a un segundo plano, porque tengo varios asuntos que resolver.

—¿Algunos de esos asuntos tienen que ver contigo y conmigo sin ropa en un rincón de la casa azul?

Gaby puso los ojos en blanco mientras tiraba de él hacia la salida y se montaban en el coche. El cuerpo le temblaba porque era imposible contener la emoción. Tenía demasiadas cosas entre manos, y todas ellas le producían un hormigueo extraño detrás de la piel. Le apetecía sonreír y llorar al mismo tiempo, así se encontraba últimamente. Estos días que había estado viajando con la promoción de su último libro, también le habían servido para

verlo todo con más perspectiva. Alejarse siempre aclara nuestra mirada. Y ahora Gabriela veía con total transparencia lo que quería exprimirle a la vida.

Una hora más tarde y setenta indicaciones de Gabriela después, Liam aparcó el coche frente a un edificio que reconoció como el refugio de mascotas más antiguo de Santa Cruz. Abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar porque le faltaban las palabras.

—Si es demasiado, dímelo, ¿vale? —dijo Gaby con cierto tiento—. Sé que nunca vamos a olvidar a Kobe, que todos los días nos acordamos de él, pero cuando Rosie me llamó para decirme que habían abandonado a un labrador, pensé en él. Creo que le hubiera encantado tener un hermano... —Liam cada vez estaba más pálido y con los ojos más brillantes—. Y me pareció que podríamos ayudarlo y que... —Gabriela iba perdiendo la intención a medida que continuaba—. Pero si consideras que es muy apresurado, lo entiendo.

Ni siquiera llegó a asimilar cómo Liam se acercaba a ella y estampaba los labios contra los suyos. Tan solo pudo sentirlo. Toda la gratitud, dentro del pecho. Y también en la boca. Y tuvo la certeza de que, si no le ponía fin a aquello, los trabajadores del refugio podrían ser testigos de un espectáculo para mayores de dieciocho años en menos de lo que cantaba un gallo. Así que posó su frente contra la suya y le susurró:

—¿Entramos entonces?

—Sí —contestó Liam con la voz temblorosa.

* * *

Todo había ido de maravilla. Mucho más que de maravilla. Había sido precioso ver cómo *Magic*, el joven labrador de pelo marrón, reclamaba la atención de Liam. Y cómo él se la daba con un cariño desbordante mientras Gabriela se ocupaba de todo el papeleo. Pero

entonces, se subieron de nuevo en el coche y el silencio hizo acto de presencia. Era un silencio espeso que erizó la piel de Gabriela, porque conocía tan bien a Liam, que sabía que algo ocupaba su mente. Ahora que lo rumiaba un poco, quizá la había estado evitando durante todo el proceso dedicándose tan solo a conocer a Magic para no tener que cruzarse con ella. Era posible que aún no estuviera preparado del todo. Y lo último que Gaby quería era que Liam estuviera triste. Menos aún, un Cuatro de Julio tan especial como aquel. ¿Lo había estropeado todo?

—¿Estás emocionado por esta noche? El pasado Cuatro de Julio estábamos un poco rencorosos... ¿te acuerdas? —Gabriela intentó bromear.

Para su sorpresa, Liam parecía no haberla escuchado, concentrado como estaba en la carretera y con la atención en otra parte. Gaby giró la cabeza y contempló a Magic dormido sobre su asiento con la barriga al aire. Parecía feliz.

—¿Liam? —La cuestión era por qué no lo parecía él.

El ambiente había cambiado de un segundo a otro. Y Gabriela empezó a ponerse nerviosa, porque lo de Magic quizá era lo menos perturbador de todo lo que tenía planead...

—¿Qué? —Le contestó él, automático.

—¿Estás bien?

—Sí.

Pero a Gabriela no le pareció que estaba bien, pues se había adentrado en la autopista con un nerviosismo impropio en él.

—¿Te sentó mal la cena? —preguntó ella—. Estás muy pálido.

—Estoy genial, Gaby.

Liam estaba mintiendo, porque en ese momento un sudor frío se le arremolinaba en la frente y apretó los dedos sobre el volante.

—Cuando me dijiste que Jack os llevó al sitio ese donde se come marisco al por mayor, no quise decirte nada, pero no tenía buena pinta...

—Gaby, ¿puedes callarte solo un momentito? —Liam continuó con la vista fija en la carretera.

—Vale. Estoy preocupada. ¿No quieres a Magic? ¿Es eso?

—Quiero a Magic. Te doy las gracias por eso, de verdad. Más tarde te lo recompensaré con creces, Gaby —Bien. Al parecer todavía tenía ganas de tenerla en la cama, pensó ella.

De pronto, Liam aminoró la velocidad y tomó la salida de la gasolinera. Gabriela podía oír su respiración agitada, y ella también empezó a hiperventilar un poco. Había bastante cola en las cabinas de repostaje y Liam aparcó en un costado.

—Pero si tienes gasolina, ¿no? —No sabía qué más decir—. ¿Qué pasa, Liam?

La seriedad de Gabriela por fin lo hizo reaccionar.

—Lo que pasa es que...

Y entonces salió del coche y dejó a Gabriela con la boca abierta. Ella lo observó alejarse hacia el arcén y decidió que ya había sido suficiente. Le estaba dando un ataque de algún tipo, y pensó que todos sus planes se estaban yendo realmente a la mierda. Se apeó del coche, cerró con un portazo y se dispuso a enfrentarlo.

—¡Por Dios! ¡¿Qué es lo que te pasa?! Me estás matando — Gabriela alzó la voz mientras se acercaba a él, que se había quedado parado con una mano en la cadera.

Los clientes de la gasolinera dirigieron allí su atención. Ella se quedó quieta, a unos metros de él, dándole espacio y esperando una explicación. Y por fin la tuvo. Porque Liam se dio la vuelta, sacó algo del bolsillo y se arrodilló. Ahora era Gabriela la que se había quedado sin palabras y con el corazón latiéndole en la garganta. El gran murmullo que se formó a su alrededor provocó que su sonrojo hiciera acto de presencia. ¿Qué cojones estaba pasando? Se llevó una mano al cuello, aturdida, y lo miró. Tenía la cabeza ladeada, evaluándola con los ojos más brillantes del mundo.

—No he podido aguantar más, joder —admitió él—. Llevo meses pensando en la mejor manera para hacerlo, de verdad. Iba a dártelo en el aniversario del día que lo hicimos por primera vez en la mesa de la cocina. Pero hoy te he visto y se me han cruzado los cables. Además, me has hecho tan inmensamente feliz con lo de Magic... que tenía que hacerlo. Era eso o morirme.

Liam destapó la cajita descubriendo un anillo con una pequeña piedra azul.

—¿Eres consciente de que estás en medio de una gasolinera, a veintisiete grados a la sombra y a pleno sol, con decenas de turistas inmortalizando el momento?

Gabriela estaba perpleja, toda encendida, a camino entre un desmayo o un infarto. En definitiva, la muerte estaba llamando a su puerta.

—Sí. Estoy al tanto. ¿Qué dices, Gaby? ¿Quieres casarte conmigo?

Pasó un segundo, y luego otro, y después Liam vio cómo la primera lágrima se derramaba por la mejilla de Gabriela y luego la seguían todas las demás. Él se dio un puñetazo mental. Era un idiota que no había tenido en cuenta el trauma que le supuso a Gaby una escena como aquella en su anterior relación. Era un idiota que se merecía un puñetazo. Un idiota que lo había estropeado todo, otra vez, por no haber esperado lo suficiente. Pero entonces Gaby eliminó la distancia que los separaba y se tiró encima de él, arrodillándose y derribándolo hasta que quedaron tendidos sobre el asfalto. Le hundió la cara en el cuello, que se humedeció por sus lágrimas.

—Ey... ¿por qué lloras? —murmuró él, con temor a que hubiera sido demasiado.

—Porque te quiero, Liam. Mucho —jadeó despegándose poco a poco de él—. Y esta vez lo primero que he pensado ha sido: ¡sí, sí, sí!

El alivio lo invadió y ni siquiera el ruido ambiente de la gente siendo testigo de ese íntimo momento, lo sacó de aquel maravilloso trance.

—Entonces, Gaby, ¿quieres cas...?

—¡Claro que quiero casarme contigo! Pero... —Lo miró a la cara y enmudeció; quizá debería decirle que...

—¿Pero...? —le instó él.

—¿Podemos no contar nada hasta que pase el día de hoy? No quiero que seamos la comidilla en la fiesta del Cuatro de Julio.

—Bueno, no te voy a mentir diciéndote que no me muero de ganas de restregárselo a Jack en la cara, pero puedo esperar. Solo es un día.

—Solo un día.

—Después, se lo diremos a todos. Y también te compensaré lo de haberlo hecho en la gasolinera.

Gabriela solo pudo reír mientras se besaban tirados sobre el asfalto, bajo un cartel que anunciaba que Santa Cruz quedaba a siete millas de distancia.

* * *

A Liam, las últimas cinco horas se le habían hecho interminables. Desde que Gabriela se había despedido de él frente a la casa azul, dejándolo dolorido y con una empalmada de campeonato, no había podido pensar en nada más que en ella. Su única explicación fue: Magic y tú necesitáis tomaros vuestro tiempo, y conoceros bien. El perro y él ya eran mejores amigos. Se había habituado a la casa y lo perseguía a cada lado que iba. Pero Liam seguía sintiendo un deseo no aliviado por la chica que le había escrito que lo esperaba en la playa. Esa tarde, *demasiadas* horas después. Y lo único que podía pensar era: ¿Cuándo cojones la voy a tener solo para mí?

Ahora Magic caminaba diligentemente a su lado mientras se adentraban en la arena. Liam se iba retocando el pelo mientras sorteaba a la gente aglomerada en las diferentes parcelas que delimitaban cada hoguera. No se había echado colonia, pero se había enjabonado un par de veces (o tal vez cuatro) para que su piel absorbiera el aroma a limón.

Mientras avanzaba, pensó que el último año junto a Gabriela había superado con creces todas sus expectativas. Sus vidas se habían entrelazado de una manera tan natural, que ya ni se acordaba de cómo pasaba sus días cuando Gaby no era la protagonista de cada uno de sus segundos. Ella había publicado su novela y había ido tan bien que incluso ampliaron más lugares para su gira. A veces, él la acompañaba. Otras, la echaba tanto de menos que, cuando volvía a verla, se enamoraba un poco más de ella. Y fue en diciembre cuando se le hizo evidente que deseaba dar un paso más en su relación. ¿Era pronto? Muy pronto. Pero a él eso no le importaba. Gabriela estaba en Nueva York promocionando el libro cuando la sorprendió apareciendo en la librería con su habitual ramo de girasoles. Ella formó una sonrisa tan grande, tan inabarcable, que Liam comenzó a divagar internamente sobre el lugar donde compraría el anillo. El fin de año lo pasaron entre las sábanas del hotel lamiéndose los cuerpos y gimiendo en la oreja del otro mientras el resto del mundo disfrutaba de la fiesta.

A Liam aquel recuerdo le calentó el pecho todavía más. Pero también le hizo reflexionar sobre algo. Quizá Gabriela aún no estaba preparada para aquello, por eso había huido de él esa misma tarde... Sin embargo, le costaba un poco creerlo, porque se había mostrado demasiado emocionada en la gasolinera. Lo cierto era que, tarde o temprano, tendrían que hablar del tema, y sin rodeos de por medio.

Cuando subió la cabeza y miró al frente, la divisó entre la multitud. Parecía dichosa, plena, con un vestido blanco que la hacía rivalizar con alguien divino. Liam comenzó a caminar con más

premura hasta el lugar y fue entonces cuando reparó en las guirnaldas de luces que cruzaban su parcela, en los cojines desperdigados por el suelo, en la cantidad de gente que había, en la decoración con flores y... ¿qué hacía allí su primo Dave?

—Gaby... —la llamó a medida que se iba acercando a ella.

Y, justo después, notó cómo absolutamente todos los ojos se concentraban en su persona. Vio a Tina con una copa en la mano, a Mery con una sonrisa que evidenciaba cosas de las que él no estaba al tanto, a Rosie y a Jared abrazados a un lado, a Liz apuntándolo con su móvil, y a Jack con una expresión de superioridad en la cara. Estaba a punto de gritarle algo cuando su atención se dirigió a las fotografías que colgaban de cada una de las guirnaldas.

Él y Gaby tirados en la arena.

Él y Gaby en el *Bernie and Bears* cuando tenían quince años.

Él y Gaby en la habitación de la casa azul.

Él y su madre, en una copia de la instantánea que siempre descansaba sobre su mesita de noche.

Él y Kobe en una de sus primeras fotos. Su perro apenas era un cachorro regordete y Liam vestía la camiseta de los Lakers.

Y ya no pudo seguir mirando más porque la emoción se le posó en la lengua. Temió más que nunca derramar una avalancha de lágrimas delante de todos. Fue a buscar una explicación en los ojos de Gabriela y entonces observó a cámara lenta cómo su chica se agachaba e hincaba la rodilla en la arena. En ese momento, todos lanzaron gritos y silbidos de júbilo. Su gente se había congregado allí para ese momento y Gabriela estaba tan escandalosamente preciosa que quiso cogerle de la mano y llevársela lejos. Pero no podía reaccionar. La miró a la cara y pudo ver el sonrojo adorable que le cubría el rostro y la sonrisa traviesa que lo acompañaba.

—Esta vez quiero ser yo la que vaya por delante de ti, Liam. Y necesitaba hacer esto delante de toda nuestra gente... —confesó ella sin ningún atisbo de timidez.

—Lo de la gasolinera no cuenta, ¿eh? —le recordó él con la voz tomada por la emoción.

—Parece que no...

—¡¿Qué es lo de la gasolinera?! —Jack chilló desde su sitio.

—¡Nada! —le contestó Gaby a medida que posaba sus ojos sobre los de Liam, que estaba absolutamente desbordado a causa de la felicidad—. ¿Qué me dices? ¿Quieres casarte conmigo?

La gente vitoreó formando un gran estruendo y anhelando una respuesta, pero él estaba en medio de una nube, como flotando.

—Ah, ¿que tengo que contestar? —preguntó sin desviar la mirada de la mujer de la que cada día se enamoraba más, y más, y más...

—Estaría muy bien que respondieras, sí.

Se arrodilló frente a ella y solo dijo:

—Todos los que están aquí ya saben la respuesta, Gaby. Desde hace tiempo, además. Desde hace mucho tiempo. Y tú también la sabes, ¿verdad?

La boca de Gabriela dibujó su sonrisa preferida.

—Pero me gustaría escucharla.

—Está bien. Quiero casarme contigo, Gabriela Davis —confesó él, decidido—. Ni siquiera recuerdo si alguna vez no he querido hacerlo.

Tan solo un instante después, Gabriela sintió esas mismas palabras en sus labios porque Liam reclamaba su boca mientras todos a su alrededor aplaudían emocionados. En medio de aquella vorágine, Gaby le deslizó el anillo de oro en su dedo. Después, Liam la cogió en brazos y caminó con ella hasta la orilla. Cuando llegaron, su chica gritó al ver que se adentraba sin ningún miramiento en el agua.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó alterada y sonriente a la vez—. ¡Nos vamos a mojar las ropas! ¡Este vestido es muy bonito!

—Me da igual —gruñó Liam—. Vamos a celebrarlo en nuestro mar.

Sin esperar ni un segundo más, los dos se sumergieron con las manos entrelazadas, dándole la bienvenida al frío y saboreando la sal, hasta que emergieron de nuevo a la superficie y se quedaron abrazados dentro del agua.

—Por cierto, Gaby, creo que sigo yendo por delante de ti —la picó él ante su ceño fruncido—. Lo que pasa es que eres una tramposa de manual.

—Pero soy *tu* tramposa de manual. ¿Acaso no ha sido adorable? Llevo semanas organizándolo todo, hablando con los chicos, con tu primo, con mi familia, que es también tu familia... Y hoy has estado a punto de cargártelo.

—Joder, Gaby. Te has arrodillado —clamó él, alucinado.

—Y tú también. En una gasolinera...

—Lo hice primero.

—Pero fue en una gasolinera. No cuenta.

—Es que no podía esperar más.

—Yo tampoco puedo esperar más. —Ella lo miró, encendida, convirtiéndose en puro fuego.

—Vámonos a casa ahora mismo.

—¿Y toda esa gente de ahí? —quiso saber Gaby a la vez que señalaba hacia la fiesta.

—Lo entenderán.

—No quiero que mi madre entienda que nos marchamos a casa para meternos...

Gabriela no pudo continuar porque de pronto tuvo a Liam sobre ella, cubriéndole todo el cuerpo mojado, rozándola, apretándola contra su pecho, dándole un mordisco en el cuello, y otro en la clavícula, posando la mano en su vientre, haciéndola gemir. Y entonces Liam paró, y después se preguntó de dónde había sacado aquella fuerza titánica para hacerlo.

—Mierda —jadeó sobre su mejilla—. Esta noche se me va a hacer eterna.

* * *

Unas horas después, en la casa azul, Liam observó el cuerpo desnudo de Gabriela sobre sus sábanas. Se había contenido tanto hasta poder tenerla de esa manera que ahora no sabía por dónde cojones empezar. Tan solo mirarle la boca, los pechos, su monte de venus, ya lo hacía estar al borde de un precipicio.

—¿Y bien? —murmuró Gabriela, y él supo que se avecinaba el pique antes de que todo terminara como de costumbre: con ella gritando, él empujando y el deseo consumiéndose, pero tan solo hasta que volviera a emerger unos minutos después—. ¿No decías que te morías por follarme?

Genial, pensó Liam. La boca se le secó por la adrenalina y procedió a quitarse el pantalón corto, los calzoncillos y a dejar su dolorosa erección al descubierto.

—Por supuesto que te voy a follar, Gaby —le aseguró él, con las pupilas dilatadas—. ¿Y tú estás segura de que estás preparada?

Él observó cómo Gabriela posaba la mirada en esa parte de él que latía con fuerza y se mordía el labio. Y quiso morderlo él, así que la cubrió con su cuerpo y deshizo aquel pellizco con un gemido compartido.

—Te haría tantas cosas, joder —susurró—. Te pondría de tantas maneras... Que quizá lo mejor es que empiece por memorizar tu cuerpo, Gabriela.

—Ya te lo sabes de memoria —se quejó ella, respirando con dificultad al sentirlo tan cerca.

—Nunca será suficiente.

Comenzó a recorrerle el cuerpo con los dedos, tan solo un trazo suave al que le seguía su lengua húmeda y demandante. Cuando

alcanzó uno de sus pechos con la mano y le frotó el pezón con el pulgar, Gabriela se movió debajo de él, buscando alguna fricción.

—Parece que alguien tenía más ganas que yo —bromeó al verla desatada.

—Yo no me río.

Gabriela sentía tanto calor que, o Liam empezaba a hacer algo, o iba a desmayarse. En esas estaban cuando el primer zumbido de un cohete sonó en el exterior y su posterior estallido inundó la habitación con un intenso resplandor violeta.

—¡¡Liam!! —exclamó Gabriela, alzando la cabeza—. ¡Tenemos que bajar al salón para ver los fuegos artificiales!

—Los tengo justo delante.

Gaby se rio y Liam presionó su cuerpo contra el de ella para inmovilizarla.

—No me vas a dejar ir, ¿no?

—Ni de coña.

Liam empezó acariciarle el pecho con los labios, arrastró su lengua por el pezón y lo mordió. Ella gimió alto cuando la mano de él se deslizó hacia el sur de su cuerpo. Tenía tantas ganas de que sus dedos se posaran en ese lugar que contuvo la respiración cuando por fin los sintió resbalar entre sus labios. Y luego su dedo estaba dentro y notó que se derretía como un trozo de mantequilla bajo el sol.

—Mierda... —jadeó, temblando, al mismo tiempo que le pedía al cielo que Liam siguiera tocándola, entrando en ella, hurgando en su interior.

Otro cohete estalló en el cielo y otro resplandor los envolvió. La ventana estaba abierta y las cortinas ondeaban al ritmo de la brisa de la madrugada.

—¿Seguro que quieres bajar, cariño? —quiso saber él, ronco—. Porque te estás derritiendo en mis dedos.

—Creo que me conformo con ver los colores en el reflejo de tus ojos —Gaby lo buscó y, cuando sus miradas se encontraron, Liam decidió que ya había esperado lo suficiente.

—Pues presta atención entonces.

Liam le abrió los muslos y se enterró en ella con un solo movimiento intenso, mostrándole una pequeña parte de todo lo que la había echado de menos. Agarró su pierna y la alzó hasta colocarla en su hombro, para que el ángulo de las embestidas se hiciera más profundo.

—Dios —jadeó Gabriela con la boca abierta.

Y entonces Liam la embistió persiguiendo el ritmo y el sonido de los fuegos artificiales. Al principio, se tomaba su tiempo para salir de ella, volver a hundirse hasta el fondo y quedarse allí hasta ese nuevo aviso que provenía del cielo. Los colores que se reflejaban en las paredes de la habitación iban cambiando a la vez que él la reclamaba una y otra vez, sin descanso. Gabriela le imploraba que le diera más, más duro, más rápido. Y él solo se lo concedía a medida que los cohetes iban remitiendo y con ello acelerando el espectáculo final.

—Es demasiado intenso... —gimoteó Gaby mientras le clavaba las uñas en las caderas.

—Esto es lo que pasa cuando estamos tanto tiempo separados. —Él ya no podía detenerse.

—¿Y qué es... lo que pasa... exactamente...?

—Que se me va la puta cabeza y necesito no salir de ti jamás.

Marcó un ritmo tan brutal que acabó por hacerlos gritar y balancear la cama hasta que la traca final surcó el cielo. Atravesaron el clímax con la fuerza de un fuego que lo arrasa todo. Liam se bajó de su cuerpo y se tumbó a su lado, de perfil. Estaban exhaustos, jadeantes y con la piel húmeda. Él le acarició el vientre mientras intentaban controlar sus respiraciones. Unos minutos después, la miró a la cara, que lucía un semblante satisfecho y lleno de vida.

—¿No te da la sensación de que a veces parece que estemos sincronizados? —preguntó Liam.

—Eso creo, sí.

—Entonces puedes hacerte una idea de qué es lo que más quiero ahora mismo, ¿no?

Gabriela giró su cabeza y lo miró a los ojos, confundida y esperanzada. Todo a la vez.

—¿Sí?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí, joder, sí.

—No tienes por qué hacerlo si aún no estás prepara...

Con un movimiento impulsivo, Liam posó sus manos en las mejillas de ella y la obligó a mirarlo.

—Gaby, escúchame —susurró con la voz tomada—. Lo que más deseo en este mundo es verte embarazada.

—¿Y tu mundo no saltaría por los aires cuando tengas que correr detrás de una niña alborotadora que no haga caso a nada y vaya por libre?

Liam se rio y le acarició los labios con los suyos.

—Mi mundo tendría sentido entonces, solo entonces.

—O puede que nos toque un bebé bonachón de pelo rubio y ojos azules —murmuró ella—. Se convertiría en mi consentido...

—Prefiero a la niña. Porque sería la hostia de interesante ver cómo alguien tan diminuto pueda tenerme completamente a su merced.

La carcajada de Gaby le hizo sonreír tanto que las lágrimas de felicidad amenazaron con aparecer. El silencio de aquella noche de verano los envolvió. Y, otra vez al mismo tiempo, entendieron algo. Comprendieron que esas emociones que sentían demostraban que la felicidad estaba compuesta de momentos como aquel. Sencillos,

mundanos y también fugaces. Y que se pasarían el resto de sus vidas persiguiendo aquellos instantes, haciéndolos suceder.

A la mañana siguiente, Gabriela se despertó palpando una cama vacía y no pudo evitar entrar un poco en pánico. ¿Liam se habría atrevido a irse a la playa sin ella?

—¡¡Liam!! —gritó sintiendo la traición en la garganta.

—¡Estoy en el salón! —contestó él.

Ella se levantó como un resorte con el pelo desordenado y cogió el camisón para ponérselo mientras bajaba por las escaleras. No fue hasta los últimos escalones cuando palpó algo rígido bajo la planta del pie. Al mirar hacia abajo, observó un reguero de girasoles formando un camino que conducía al salón. A ella le encantaban las aventuras y esa, sin duda, era el comienzo de una. Así que dio un par de zancadas enormes hasta atravesar la puerta que la llevaba a su destino. Y entonces la sonrisa se le difuminó de la cara. Se llevó una mano a la boca mientras alucinaba mirando a su alrededor. La habitación se encontraba invadida por un mar girasoles. Estaban por todos lados. Dispersos por el suelo, sujetos a las paredes, colgados del techo. Y en su ventanal, había un marco delimitado con sus hojas. Aquello era un sueño. El olor a pétalos le atravesó la nariz a la vez que observaba a Liam, parado en medio de la habitación, ataviado con su pantalón de vestir y una camisa blanca. A su lado, bajo la ventana, había colocado una mesa con varios platos que conformaban un delicioso desayuno; aunque ella se fijó primero en las moras. Y en los cruasanes.

Gabriela seguía sin encontrar las palabras, posando sus ojos en cada rincón de aquel salón decorado por y para ella.

—¿Te gusta? —La sonrisa pequeña de Liam la derritió.

Ella asintió agitando la cabeza con ímpetu.

—Menos mal... —suspiró Liam—. Me he levantado *muy* temprano y he tenido que pedir un par de favores para que fuera perfecto.

—Es perfecto —habló ella por fin.

—Verás, Gaby, déjame decirte algo. —Ella ladeó la cabeza como señal para que continuara—. No me importa fingir delante de los demás, cariño. Pero quiero que sepas que solo hay una cosa en la que no me vas a ganar jamás, Gabriela Davis. Y esa es en quererte y en demostrártelo. Siempre iré por delante.

Gabriela silbó para disimular las lágrimas que se le agolpaban en los párpados.

—Veo que has convertido esto en una competición. —Él se llevó la mano al bolsillo, desafiante—. Ya sabes que soy la mejor rival que puedes tener, Liam Baker.

—Y ahora, por lo visto, también vas a ser mi esposa —declaró mientras sacaba la cajita—. Ven a ponerte este anillo en el dedo.

Gabriela dio un paso. Y otro. Y luego otro más. Hasta que estuvo frente a él, hasta que su olor a limón la envolvió y sintió aquella joya deslizándose por su piel. Entonces comprendió que ya no podía pedirle más a la vida. El sol entraba por la ventana iluminando una habitación repleta de girasoles, el mar se escuchaba a lo lejos y Liam estaba a su lado.

—¿Esta vida es real, Liam?

—Lo es.